

Que me ocupe en la Lesbia poesia,
Y tú me ofreces soberano asiento
Entre los que han usado
A la lírica musa,
Me verás en el cielo colocado.

En nuestros dias tradujo tambien esta misma pieza
D. Felipe Sobrado, como sigue:

Mecenas, de altos reyes descendiente,
Que celebra la historia,
Yo debo á vuestra bienhechora mano
Toda mi dicha y gloria.
Otro, ambicioso del laurel Pisano,
El camino rompiendo osadamente
Sobre un eje abrasado,
Por las ondas del polvo vuele, evite
El término acotado,
Y al rango de los Dioses se remonte.
A aquel á quien escite
De los triples honores el deseo,
(Honores que dá un pueblo no constante):
Al que en quietud y plácido recreo
Su heredad cultivando,
Su cosecha abundante
Con la de la Numidia avaro aumente,
No le vereis, aun cuando
Se le ofrezcan de Atalo las riquezas,
Que impertérrito afronte
Sobre una frágil quilla las fierezas
Del Aquilon vehemente.
Aquese mercader despavorido,
Que lucha con el mar Icario, agora
Por la borrasca cruel enfurecido,
Sus campos, su quietud y su morada
Alaba, echa de menos y los llora;
Mas bien pronto, impaciente
Del yugo abrumador de la indigencia,
Su nave reparada

Con toda diligencia,
Se lanza al mar, lo surca nuevamente,
Los unos todo el dia
Con el vaso en la mano, reclinados
Bajo un dosel de verdes emparrados,
Cabe una fuente pura,
Se embriagan sin cesar con alegría
Con un Másico rancio y oloroso.
Otros aman de Marte la bravura,
Y el sonido horroroso
Del clarin, cuyo eco estrepitoso
A la madre sensible
Anuncia mil pesares, mil tormentos.
El cazador, mirando
Con ánimo insensible
La furia de los vientos,
La rígida estacion, y de la esposa
El cariño y amor, va penetrando
Por el fragoso monte, persiguiendo
A la cierva medrosa,
O al jabalí, que, huyendo,
Corre de sus valientes perros fieles.
Yo amo los bosques bellos,
Huyo del vulgo indigno,
Y de yedra y laureles
(Que son el premio y signo
De doctas frentes) amo mis cabellos
Y mis sienas ornar. Amo anheloso,
De los campos la paz encantadora,
Del Sátiro las danzas divertidas.
Si mi lira sonora
Las hermanas de Apolo, decididas
En mi favor, templaren; si el precioso,
Voto vuestro se digna colocarme
Entre los vates líricos, espero
Al Olimpo elevarme,
Tocando con mi frente coronada
La bóveda azulada,
Y haciéndome admirar del orbe entero.

Mi sábio amigo D. Juan Gualberto Gonzalez, que conocido largos años ha como magistrado íntegro, y como laborioso é inteligente ministro, lo seria igualmente como hábil y profundo literato, si su escesiva modestia no le hubiese retraido de publicar sus estimables obras, ensayó tambien sus fuerzas en algunas odas de Horacio. Como prueba de que se podian introducir en la poesia castellana varias de las combinaciones métricas de los poetas griegos y latinos, tradujo esta primera oda en aselepiadeos; y no creo que sentirán mis lectores hallarlos insertos á continuacion. Dicen asi:

Mecenas ínclito, de antiguos reyes
 Clara prosapia, ó mi refugio,
 Mi dulce gloria, hay quien se agrada
 Del polvo olímpico; y si evitándola,
 Cercó la meta su rueda férvida,
 Hasta los númenes dueños del mundo
 Ufano elévase con noble palma.
 Gózase el otro si la voluble
 Turba de quírites favoreciéndole,
 Altos honores por ella alcanza.
 Al que en su propio granero esconde
 Cuanto producen las eras líbicas,
 Y con sus bueyes paterno campo
 Labra contento, no serán parte
 Cuantas ostenta riquezas Atalo,
 A hacer que surque, tímido nauta,
 El mírtoo piélagos con nave cípria.
 El mercadante, cuando del áfrico
 Ve combatidas las ondas ícaras,
 La paz entonces, y de su tierra
 Los prados fértiles temblando alaba;
 Despues rehace su nave rota,
 Al pobre estado no conformándose.
 Quién no se cuida, si el rancio másico
 Saboreando, las horas útiles
 A sus negocios en parte roba;
 Ora tendidos bajo del verde

Nogal sus miembros, ó dó la pura
 Sagrada fuente bullendo mana.
 Quién se complace con el estrépito
 De las batallas, si unida al clásico
 Oyó la trompa sonando guerras,
 Que de las madres son detestadas.
 A la inclemencia del cielo frígido
 Estáse el otro, de la consorte
 Cara olvidado, si corza vieron
 Sus perros fieles, ó si las redes
 Rompió nudosas jabalí mársico.
 A mi la yedra, que ciñe en premio
 Las doctas sienes, entre los númenes
 Concede asiento. A mi del bosque
 La fresca sombra, donde mezclados
 En coro alegre, danzan los sátiros
 Y ninfas bellas, del vulgo estólido
 Me tiene lejos. Con que ni Euterpe
 Sonar su flauta, ni Polihimnia
 Su lesbia cítara pulsar me nieguen;
 Que si en el número de vates líricos
 Tú me contares, á las estrellas
 Verás que toco con frente osada.

V. 1. *Mæcenas*. Ilustre caballero romano, descendiente de una nobilísima familia de Etruria. Cuando Octavio, ú Octaviano, como le llamaron nuestros autores antiguos, recibió en Apolonia la noticia del asesinato de su tío Julio César, partió al punto á vengarle, y *Mecenas* que se hallaba allí, le acompañó desde luego, y le siguió despues en todas sus expediciones, desempeñando en ellas importantes cargos, y contribuyendo alguna vez á las victorias con que Octavio se desembarazó sucesivamente de todos sus enemigos. Cuando dueño ya del imperio por la derrota de Antonio en Accio, anunció el jóven sucesor de César la intencion de abdicar la autoridad soberana, *Mecenas* le retrajo de este propósito, con la perspectiva de la gloria que podia alcanzar, restableciendo el reposo que durante mucho tiempo turbáran las guerras civiles, y asegurando la pros-

peridad de la multitud de naciones sujetas al dominio de Roma. Augusto se conformó á este dictámen, y se sometió desde entonces á la direccion del hombre sábio y leal, cuyos consejos debian contribuir, y contribuyeron tanto en efecto, al lustre de su reinado. La reputacion que ganó *Mecenas* en las batallas, y que consolidó administrando sábia, vigorosa y desinteresadamente el mas vasto imperio que existió jamás, fue realzada aun por la proteccion señalada que concedió á Virgilio, á Horacio, á Propercio y á otros ilustres literatos, los cuales no le escasearon por su parte los mas insignes testimonios de reconocimiento. *Mecenas* compuso muchas poesías, de que no nos quedan mas que cortos fragmentos; en ellas notaron algunos sábios que vivieron poco despues de su muerte, la misma afectacion, molicie y desigualdad, que durante su vida habian notado en su porte los contemporáneos. La severidad con que varios de los unos y los otros calificaron su elocuencia, y su manera de vestir y de presentarse en público, no ha impedido sin embargo que el nombre de *Mecenas* haya llegado hasta nosotros rodeado de un alto prestigio, ni que despues de diez y nueve siglos esté sirviendo todavía para designar por antonomasia á los *protectores de las letras*.

Atavis edite regibus. No consta que *Mecenas* descendiese de reyes, ni aparece apoyada en la historia la genealogía que le tejieron algunos de los intérpretes de Horacio. Mas verosimil es que *reges* signifique aquí, como en muchos pasages de los poetas antiguos, « personas de riqueza é influjo; » y en este sentido he traducido la palabra.

V. 3. *Pulverem Olympicum*... Los juegos Olímpicos se celebraban de cuatro en cuatro años, en el solsticio de verano, en Olimpia, ciudad de la Elida, en el Peloponeso. De los diferentes ejercicios gimnásticos de que se disputaba allí el premio, los mas célebres eran los del pugilato y la carrera. Durante mucho tiempo fue prohibido á las mugeres, bajo pena de muerte, concurrir al espectáculo, porque en él combatian los hombres desnudos. Se pretende que los juegos Olímpicos fueron instituidos por Júpiter mismo: lo que no tiene duda es que la institucion se

miraba como cosa divina, y que destinada á alardes periódicos de valor, pujanza y destreza, no podia menos de estimular á los griegos todos á adquirir y conservar aquellas prendas, que tan necesarias eran para defender estados pequeños y débilmente constituidos. Los premios de los vencedores eran coronas de acebuche: los que las ganaban eran celebrados en brillantes y populares composiciones poéticas, y mirados como hombres superiores; conducíaseles en triunfo á su patria en suntuosos carros, y gozaban ademas durante su vida asiento preferente en las reuniones públicas. Alguna vez se les erigieron estatuas.

V. 4. *Metaque*... La *meta* era una barrera en forma de pirámide, situada en la estremidad del circo. Era de rigor que los contendientes llegasen, con los carros en que corrian, hasta la *meta* misma, y que allí revolviessen los caballos sin tocarla. Para esto se necesitaba gran destreza y pujanza.

V. 5. *Palma nobilis*... La gloriosa victoria.

V. 7. *Mobilium turba Quiritium*... Cuando para poner fin á las disensiones que existian entre romanos y sabinos, partió Rómulo el gobierno de Roma con el rey de Sabina Tacio, conservó la ciudad nueva el nombre que le habia dado su fundador, pero sus habitantes tomaron el de *Quirites*, que era el que tenian los habitantes de *Cures*, capital de los sabinos. Daban estos el nombre de *Quiris* (que significaba *pica* en la lengua de su pais) á una divinidad representada bajo la figura de esta arma, y de que los romanos adoptaron tambien el culto. Por lo demas, es difícil calificar con mas verdad, nobleza y laconismo que lo hace aquí Horacio, á un pueblo inquieto y celoso de sus privilegios. La denominacion de *mobilis* (instables o veleidosos) hace muy buen efecto al lado de *turba*.

V. 8. *Tergeminis honoribus*... Minelio, despues de Turnebo, dice sobre este lugar: *Honoribus amplissimis et maximis. Sinecdoche finiti numeri pro infinito*. Frecuentemente en efecto las calificaciones de *geminus*, *tergeminus* y *septemgeminus* se empleaban entre los antiguos como sinónimas de *grandes*.

V. 10. *Lybieis*. Hubo quien apoyado en la autoridad de d' Anville, pretendió que la Libia abrazaba el Sara, ó desierto de Berberia, y una parte de la Nigricia y de la alta Guinea. Otros creyeron que comprendia particularmente el territorio que media entre Egipto y Trípoli, prolongándose bastante al sur. Este pais era muy fértil en granos, de que alguna vez se abasteció Roma; circunstancia que no era aplicable á la parte mas occidental, cuya ciudad principal era *Nigira*, que es la *Ghana* de hoy.

V. 12. *Attalicis conditionibus*. Fue Atalo un riquísimo rey de Pérgamo. Sus riquezas pasaron en proverbio. *Attalica conditio* (la condicion de Atalo) quiere decir «su situacion, su estado, su riqueza.» Otros pretenden que la palabra *conditio* alude aquí á las *condiciones* ventajosas, que por razon de sus riquezas ponía Atalo en sus contratos, ó al alto precio que pagaba por las cosas que deseaba adquirir.

V. 13. *Trabe Cypriá*. Por cualquier nave, como des-pues *mare Myrtoum* por cualquier mar. Por lo demas *Chipre* es una isla del archipiélago, y el mar *Mirto* era una parte de este archipiélago mismo, á la cual dió verosimilmente su nombre la pequeña isla de *Mirtos*; si ya no es que al mar y á la isla les dió el suyo *Mirtilo*, á quien, segun las tradiciones mitológicas, abogó *Pelope* en aquellas aguas.

V. 15. *Icariis fluctibus*. Parte del mismo archipiélago, á quien dió su nombre *Icaro*, hijo de *Dédalo*.

Africum. Abrego, por cualquier viento, como antes *trabe Cypriá*, *mare Myrtoum*, *Icariis fluctibus*, y des-pues *pocula Massici* y *Marsus aper*, por cualquiera nave, mar, vino etc. Horacio gusta de contraer las calificaciones, de acercar los objetos, y si es licito espresarse así, de hacerlos tangibles.

V. 19. *Massici*. El monte *Másico* en *Campania* producía excelentes vinos.

V. 20. *Nec partem etc.* El sentido es: «hay quien gusta sobre todo de destinar á los placeres la parte del dia que puede robar á sus ocupaciones.» Véase la nota al V. 7.º de la oda séptima del segundo libro. *Solido demere de die*, es algo cacofónico.

V. 28. *Seu rupit teretes*. El jesuita *Sanadon* hizo sobre este pasage una observacion, que tiene todas las apariencias de justa. «Se empleaban perros, dice, para hacer caer al jabalí en las redes, y *Horacio* dijo en la oda *Beatus ille*,

*Aut trudit acres hinc et hinc multá cane
Apros in obstantes plagas.*

Si el jabalí rompió su red, se acabó la cacería, y al cazador no le quedaba mas que el pesar de que se le escapase el animal; y si habia de perseguirle en el bosque, era inútil tenderle redes. *Rupit* está aquí pues por *irrupit*. Cayó en la red, no, se escapó de la red.» Yo he creído deber adoptar esta esplicacion.

Marsus aper. Eran los *marsos* unas tribus del pais que hoy se llama *Abruzo*, en cuyos bosques frondosos se criaban feroces jabalíes.

V. 29. *Te doctarum*. Este es uno de los pasages mas difíciles de *Horacio*; y no obstante, apenas uno ó dos de sus comentadores ó traductores se hicieron cargo de las diferentes dificultades que presenta. Todos, durante siglos, leyeron en este verso *me*, en lugar de *te*, sin advertir que con esta leccion hacian decir al poeta: «*A mi* la yedra, premio de doctas frentes, me confunde ó iguala con los dioses soberanos.» Si ningun hombre regular se permitió jamás tan pueril y absurda jactancia, á nadie pudo imputársele con menos apariencia de razon, que á un gran poeta, que dirigiendo una composicion, destinada á encabezar la coleccion de sus obras, á un protector ilustrado y generoso, tenia necesidad de captarse su benevolencia, por la exactitud de las ideas y la conveniencia de la expresion. Usando aquí *Horacio* de la que sus editores le atribuyen, no solo habria atropellado, como hombre, los miramientos con que el decoro y la urbanidad exigian que tratase á *Mecenas*, sino que habria incurrido como escritor, en faltas de coherencia y de orden, propias para destruir el prestigio de que pretendia rodearse. En efecto enlazando la idea contenida en el verso sobre que dis-

curro, con las espresadas en el pasage entero, el tenor de todo él sería el siguiente: «*A mi la yedra me mezcla con los dioses soberanos; á mi el bosque umbrós me separa del vulgo. Si tu me cuentas entre los poetas líricos, tocaré con mi frente á las estrellas*» Así, se encontraría repetido tres veces en ocho versos el mismo pensamiento, y contra todas las reglas del gusto y de la lógica, se repetiría en gradación descendente, puesto que es mucho menos *separarse del vulgo* que *igualarse á los dioses*, y que el que ya *se confundió con ellos* no necesitaba el voto de Mecenas ni el de nadie, para *tocar con su frente á las estrellas*. Estos cargos, que no tienen medio de desvanecer los que leen *me* en este pasage, se desvanecen por sí mismos, leyendo *te*, con cuya sustitucion las ideas aparecen exactas y oportunas, y además conveniente y elegantemente enlazadas. Horacio dijo entonces: «Unos se esfuerzan por ganar el premio de los juegos Olímpicos; otros por obtener el favor popular; estos buscan las riquezas corriendo los mares; aquellos cultivando los campos; unos gustan de combates, otros de cacerías; á ti la yedra te iguala á los dioses; á mi la flauta de Euterpe y el laud de Polimnia *me separan del vulgo*, y aun quizá podré seguirte ó igualarte, y tocaré con mi frente á las estrellas, si te dignas darme un lugar entre los poetas líricos.» Movido sin duda por estas consideraciones, de que hubo de sospechar la importancia, Rutgers leyó aquí *te*, en lugar de *me*; y es asombroso que de todos los editores posteriores solo hayan adoptado esta variante, que consiste en la sustitucion de una sola letra, Valart, Gargallo, y otros dos ó tres.

La variante que indico no sirve sin embargo mas que para esplicar el verso sobre que discurro, pero quedan aun por resolver otras dificultades que ofrece el conjunto del pasage. «A mí, dice el poeta, el bosque sombrío y los coros de los Sátiros y las Ninfas me separan del vulgo, si no me niegan Euterpe su flauta, y Polimnia la lira de Lesbos.» Pero ¿qué tiene que ver esta Musa con esta lira? No entraba en las atribuciones de Polimnia pulsar el laud lesbio, esto es, el de Safo y Alceo, ni era por otra parte propia

la lira de este vigoroso poeta para acompañar el canto destinado á celebrar objetos tan livianos, como bosques sombríos y bailes de Ninfas y de Sátiros. ¿Qué es pues lo que quiso decir Horacio? Por mí creo que Euterpe y Polimnia significan aqui todas ó cualesquiera Musas, como antes *mare Myrtoum* y *trabe Cypriá*, significaban todo ó cualquiera mar, toda ó cualquiera nave. Creo igualmente que la frase «el bosque sombrío y las danzas de los Sátiros y Ninfas me separan del vulgo,» equivale á «yo me haré superior al vulgo, celebrando ó cantando estos objetos;» y esta interpretacion ya parece que la adivinaron los antiguos gramáticos Acron y Porfirio, diciendo el primero, *materiam ipsam carminis pro laude posuit*, y el segundo, *per ea egregiam gloriam dicit consequi, de quibus canit*. El sentido será pues, «mientras tú, coronado de yedra te levantas al cielo, yo me distinguiré de los hombres vulgares, cantando con el favor de las Musas, soledades amenas y alegres danzas.» Trabajo cuesta concebir que no se haya aclarado antes este embrollado pasage.

V. 31. *Nympharum*... La mitología inventó Ninfas de muchas especies; las habia celestes y terrestres, y estas últimas se dividian en *ninfas* de bosques, de rios y de mares, y eran respectivamente designadas con los nombres de Driadas, Nayades y Nereidas. Cada una de las divinidades superiores tenia sus *Ninfas*, que eran como las damas de su corte. Hacianselas ofrendas, reputadas como un homenaje al númen de quien dependian, y consistian estas por lo comun en leche y en miel, emblemas de la dulzura. Sin duda se pretendia mostrar con esto, que debía ser benéfico y suave todo lo que rodease á los dioses.

Satyris... Semi-dioses campestres, que tenian medio cuerpo de hombre y medio de cabra. Quizá fueron en su origen el símbolo de los hombres bozales de la primera edad del mundo, de los cuales se podia decir con razon que tenian tanto de bestias como de racionales. La mitología que divinizó el poder, la sabiduría, la hermosura, el valor, y en general todas las altas cualidades que pueden distinguir á los hombres, divinizó tambien la *necesidad* que los arrastra, el *furor* que los estravia, el *dinero* que los des-

lumbra, las pasiones buenas como las malas, y en fin la mayor parte de las influencias á que están sugetos. Las mas de estas místicas creaciones tenian un sentido oculto, una intencion particular, que perdida la huella de su origen, no se revela hoy á los que no la escudriñan, como no se comprenden si no por inteligencias superiores, otros hechos y personificaciones de la misma especie, consagrados por las creencias religiosas de todos los pueblos. Verosimilmente la mitología creando los *Sátiros*, entendió personificar la infancia grosera de las sociedades, asi como señalar los pasos que fue dando lentamente la especie humana en la carrera de la civilizacion, por las cualidades que fué sucesivamente atribuyendo á sus héroes, á sus dioses y á sus demas creaciones alegóricas.

V. 33. *Euterpe*.... *Polyhymnia*... Dos de las nueve Musas. Estas divinidades mitológicas no fueron en la antigüedad sino la personificacion de las cualidades del espíritu que mas distinguen á los hombres, ó que los hacen mas capaces de recibir inspiraciones elevadas. La mitología hizo á las Musas hijas de *Júpiter*, rey de los dioses, y de *Mnemosina*, diosa de la memoria; con lo cual quiso sin duda significar, que se necesitaba poderosa inteligencia y vasta retentiva para concebir y espresar grandes ideas. Siendo tan varios los modos de ejercer aquellas facultades, como los objetos á que ellas pueden aplicarse, se atribuyó naturalmente á cada una de las divinidades que presidia á su ejercicio, una incumbencia especial y determinada, y se indicó asi la conveniencia de que se limitase á una sola profesion el que aspirase á sobresalir en alguna. A *Clio* se encomendó particularmente la historia, á *Euterpe* la música, á *Talía* la comedia, la tragedia á *Melpomene*, el baile á *Tersicore*, la poesia amorosa á *Erato*, la heróica á *Caliope*, la retórica á *Polimnia*, y la astronomía á *Urania*. Los nombres que se dieron á estas divinidades, y los atributos con que el pincel y el cincel las representaron en lienzos y mármoles, indicaron desde luego los límites de su dominio, ó sea la naturaleza de sus inspiraciones. Asi por ejemplo, *Erato* tomó su nombre de *eros* (amor), *Urania* de *ouranos* (cielo), y origen

análogo tienen los nombres de las otras. Llamóselas *hermanas* para denotar el enlace que tienen todos los conocimientos humanos, ó ya, la fraternidad que debe reinar entre los hombres que los cultivan. Se las supuso habitantes de un monte retirado y solitario, queriendo significar, que para dedicarse con fruto á la meditacion, convenia retirarse del bullicio de las grandes poblaciones. En fin, se las supuso vírgenes, para recomendar la pureza de costumbres, que tan necesaria es á los que se consagran al estudio de las ciencias y de las letras.

V. 34. *Lesboum barbiton*. La lira de *Alceo* y *Safo*, naturales de Lesbos, una de las islas del mar Egeo, que es hoy la de *Mitilene*, en el archipiélago.